La pieza que faltaba en el maniquí

Texto original de Shyvirelle

El último martes de la liquidación, Germán quitó del escaparate el cartel de «Todo debe salir» y encontró, detrás, la marca de una mano en el cristal. La huella estaba por dentro. No le preocupó: en los doce años que llevaba montando escaparates había limpiado manchas más difíciles. Lo extraño era que alguien hubiese apoyado la palma tan arriba, casi a la altura de la cabeza del maniquí.

La figura ocupaba el centro de la tienda desde antes de que Germán empezara a trabajar allí. Tenía un hombro algo más bajo que el otro, las rodillas rectas y una costura fina en el lado izquierdo del cuello. No había número de fábrica ni etiqueta. Su cara, lisa y ligeramente inclinada, nunca había admitido bien los sombreros. La encargada le había dicho que podía venderlo junto con los percheros, pero nadie había preguntado cuánto costaba.

La señora Ofelia sí preguntaba por él. Entraba cada jueves, incluso después de que la tienda anunciara el cierre, y compraba alguna prenda insignificante: un pañuelo antiguo, un botón suelto, una cinta de vestido. Siempre se detenía ante el escaparate. Siempre preguntaba si la figura seguía en venta.

Ese martes volvió con una bolsa de papel con una chaqueta azul.

—Es para comprobar una talla —dijo.

Germán le explicó que la tienda ya no aceptaba pruebas ni encargos. Ella señaló el maniquí.

—No necesito a nadie que se la ponga. Solo quiero verla en ese.

La chaqueta tenía un forro remendado con hilo verde y olía a cedro. Ofelia la sostuvo sin soltar los puños, como si temiera que se deshiciera al extenderla. Germán accedió a cambiarla por el abrigo gris que llevaba la figura. Necesitaba terminar el escaparate antes del cierre y no tenía ganas de discutir.

Al retirar el abrigo y colocar la chaqueta azul oyó un chasquido seco. No fue el sonido de una articulación: parecía una costura tirante. Cuando volvió a mirar, el maniquí ya no tenía los brazos caídos. El izquierdo se doblaba y la mano abierta descansaba sobre la cintura. Germán comprobó los tornillos de los hombros. Estaban duros y cubiertos por el mismo polvo de siempre.

—¿Lo ha movido usted? —preguntó.

Ofelia miró la nueva postura sin sorpresa.

—A veces una prenda obliga a cambiar de posición.

En el espejo del fondo, Germán vio que su propio brazo izquierdo terminaba en una franja borrosa a la altura del codo. Se volvió. Tenía las dos manos, la camisa intacta, la piel sin rasguños. En el espejo, sin embargo, el antebrazo parecía recortado de una fotografía y reemplazado por el interior oscuro de la tienda. Al apartarse un paso, la falta lo acompañó.

Cubrió el espejo con la tela de una cortina que había retirado de los probadores.

Ofelia se había quedado inmóvil junto al escaparate. Germán empezó a desabrochar la chaqueta para devolvérsela, pero Ofelia no alargó la mano.

—Todavía no ha terminado —dijo.

Germán se quitó las gafas y se frotó los ojos. Cuando volvió a mirar por el cristal del escaparate, el reflejo mostraba un brazo completo. Solo el espejo del probador guardaba el hueco. Una superficie lo acusaba y otra lo absolvía. No sabía cuál era peor.

—La chaqueta no es de aquí. Llévesela.

Ofelia abrió la bolsa sobre el mostrador. Debajo de los papeles de envolver había un vestido color vino, un guante sin pareja y una bufanda de lana amarilla. Las prendas tenían pequeñas tarjetas atadas con cuerda, todas escritas con la misma caligrafía: «Inés, noviembre»; «Inés, invierno»; «Inés, volver».

—¿Quién es Inés?

—Mi hermana —respondió Ofelia—. Trabajó aquí antes que usted.

Germán conocía el nombre. En el libro de inventario más antiguo había encontrado facturas firmadas por Inés Salvatierra y una anotación que nunca entendió: «Figura central: no cerrar». Supuso que se refería a una reparación pendiente. Ofelia le pidió que buscara ese libro, porque su hermana había dejado un orden para vestir la figura. El hombre lo sacó del cajón de los recibos y encontró, entre las últimas páginas, un dibujo del cuello con una línea de costura abierta.

Junto al dibujo, la letra de Inés decía: «Nunca elegir el último elemento. La figura toma la forma de quien lo decide. Si falta algo, sigue siendo solo una figura».

Germán leyó dos veces. Después miró a Ofelia.

—Usted sabe lo que hace.

La mujer no negó nada.

—Lo intenté durante años. Traje la ropa que quedó en casa. Era suya. Pensé que, si lograba vestirlo como ella vestía, podría volver a verla en el cristal.

—Pero dice que se parece a quien elige el final.

—También lo sé ahora.

La última frase tuvo más peso que una confesión. Ofelia conocía la advertencia y aun así había traído la bolsa. No necesitaba a Inés de vuelta: necesitaba que alguien ocupara su ausencia con un rostro al que mirar.

Germán quiso quitar la chaqueta y guardar la figura bajo una sábana. En cuanto desabrochó el primer botón, el maniquí ladeó la cabeza. Oyó otra vez el chasquido. La tela que cubría el espejo se abombó como si alguien, detrás, empujara con la frente. Germán soltó la chaqueta y se apartó.

—Solo falta el guante —murmuró Ofelia—. Póngaselo usted. Yo no puedo escogerlo otra vez.

—No es escoger una prenda. Está escogiendo a una persona.

—No lo entendería.

—Entiendo que lleva años entrando a una tienda para pedirle a un desconocido que termine lo que usted no se atreve a terminar.

Ofelia se sentó en el único taburete que quedaba. Miró las tarjetas, sin recogerlas. Le contó que Inés había montado el escaparate durante una madrugada y que, al amanecer, su imagen había aparecido en los espejos de la tienda aun cuando ella estaba en casa. Había pasado semanas buscando la prenda que faltaba. Al final desapareció del taller de costura, dejando únicamente su abrigo. Nadie encontró una explicación. Ofelia se aferró a la idea de que la ropa guardaba una salida, aunque nunca hubo prueba de que su hermana siguiera dentro del maniquí.

—Si usted lo completa, quizá vuelva a verla —dijo.

—O quizá deje de verme a mí.

Del otro lado de la cortina se oyó un roce, parecido al de una manga al rozar una pared. Germán pensó en salir corriendo, pero el escaparate daba a una calle concurrida y no quería dejar el mecanismo a merced del próximo encargado de vaciar el local. Tomó las tijeras del mostrador. No cortó las prendas, ni el cuello de la figura. Buscó el punto de hilo verde que cruzaba la costura lateral y lo abrió con cuidado.

En el interior no encontró engranajes ni relleno. Había una hendidura que parecía demasiado profunda para el grosor del torso. Podía seguir cortando; algo en él le pedía hacerlo. Se detuvo en cuanto advirtió que estaba decidiendo cómo terminar el trabajo, exactamente lo que la nota le había prohibido respecto de la última prenda.

Dejó el hilo colgando, visible. El guante quedó en el mostrador. El maniquí mantuvo el hombro levantado y la manga izquierda de la chaqueta sin movimiento. Ya no buscó otra posición.

Germán retiró la cortina del espejo. Su cara estaba allí, pálida y con las gafas mal apoyadas. El brazo había vuelto, aunque los dedos se veían detrás de una sombra que no correspondía a ningún objeto de la habitación.

—No voy a cerrarlo —dijo.

Ofelia parecía a punto de protestar, pero solo recogió las tarjetas de Inés. Dejó la ropa donde estaba. Germán abrió la puerta, apagó las luces y salió sin esperar a que ella lo siguiera. Llamó a la encargada desde la calle para decirle que el maniquí debía retirarse con la costura abierta y que no aceptaría volver a tocarlo.

Una semana después, la tienda era un local vacío. El escaparate tenía marcas de cinta en el suelo y una grieta pequeña en el cristal. Nadie supo decirle quién se llevó la figura.

Germán cambió de oficio. Aprendió a reparar persianas y a medir huecos en ventanas, trabajos donde podía comprobar con las manos si algo estaba completo. Conservó su rostro en todos los espejos. En algunos, al levantar las palmas, veía las muñecas, los nudillos, las líneas de los dedos. Pero entre una falange y la siguiente siempre faltaba un tramo, como si una costura abierta se hubiese quedado al otro lado del vidrio.

No volvió a ponerse guantes frente a un espejo.